

servado, las fuentes corren de otro modo, la luz como que se vuelve diferente, aquello que se va á perder se ama más.

Nunca me pareció San Francisco más seductor que el 3 de Marzo, víspera de nuestra partida. Iba como daguerreotipando en mi memoria calles y plazas; queria como calcar en mi cerebro aquella casa, con su enverjado de hierro, sus macetones y estatuas en el jardin; aquellos niños corriendo tras de sus aros al rededor de la fuente; aquella pareja perdiéndose en la distante arboleda en su elegante *vogue*; ella, indolente, acurrucándose al lado del yankee colorado, frío y preocupado solo del trotar desembarazado de su caballo.

En el saloncito que ocupaba Iglesias, habia personas de las más distinguidas, despidiéndose y prodigándole atenciones, más que relacionadas con su posicion, con su mérito real, con su sabiduría y virtudes.

En cada uno de los cuartos habia un *totum revolutum* infernal, baúles abiertos, sombreros regados aquí y acullá, botas y botines estorbosos, esperando colocacion, camisas, calcetines, pantalones, y con predileccion el cajon para los regalos á México, denunciando los afectos y el estado de los fondos del viajero.

En medio de este baratillo estaban los amigos libando en mi cuarto sendas copas, haciendo itinerarios, dando recomendaciones y encargos y comidiéndose á desempeñar comisiones, de la manera más servicial.

Por supuesto que no faltaba, sentada en un baúl con su canasto al frente y su chico sentado en el suelo, la lavandera, primer doliente en la partida de un soltero, ni la costurera con su mamá, que por primera vez se aparece, ni criados y

conocidos que van hacinando lo inútil y dejan traslucir las satisfacciones y las envidias que provoca la herencia.

Los criados andan más listos que nunca, como que se acerca la hora de la propina extraordinaria; encuéntrase uno con afectos que le eran desconocidos, por supuesto de gente menesterosa y con cualidades que nunca sospeché tener.

Aquello de las peticiones de retratos, ni se cuente, que yo los repartí por docenas y recogí muchos, siendo para mí reliquias muy queridas algunos de ellos. A propósito:

Cuando un tonto es de *pur sang* me deleita, es tonto de ley de oro, como algunas piedras minerales.

Así habia en la colonia italiana una dama que tenia una hija hermosísima, de la que varios deseábamos el retrato; requerimos á la jóven, instamos á la mamá, y por fin, la víspera de mi partida, corrimos varios en tumulto á que se retratase Adelina.

La mamá fué con nosotros á la casa de Housewort y C^a, establecimiento espléndido, N^o 12 Montgomery Street Market, donde se ejecutan con toda perfeccion las operaciones fotográficas.

Entrar, colocarse Adelina y poner en nuestras manos ejemplares primorosamente acabados, fué obra de ménos de tres cuartos de hora.

Yo no pude dejar de mostrar mi asombro, no solo por lo acabado del retrato, sino por la prodigiosa celeridad con que se habia verificado la operacion.

Recordaba los pasados tiempos de la pintura al óleo, las dificultades del parecido, etc., y la deuda que teniamos con la ciencia por descubrimientos tan sorprendentes y fecundos como el daguerreotipo.

—¿Y á vd. qué le parece de ese retrato, señora? dijo á la mamá uno de los circunstantes.

—A mí, nada, dijo la señora con aplomo, *porque como los señores ya conocian á mi niña*

—Vd. tiene mil razones, señora, repuse yo (vd. es una asna, dije aparte), yo no habia tenido presente esa circunstancia.

Volviendo á los preparativos de marcha, Gomez del Palacio, que siempre se distingue donde quiera que se halla, por lo servicial y lo caballeroso, se habia encargado de la compra de boletos, ajuste del carro de dormir y del *Express*.

Pocas instituciones hay más benéficas que el *Express*, para la comodidad, no solo de los viajeros, sino de todo el mundo.

En la oficina del *Express*, perfectamente dotada, escrupulosamente servida y que posee con justicia la confianza universal, deposita el viajero el bulto ó bultos que desea se trasporten á cualquier lugar del mundo y sean del valor que fueren.

Se depositan los bultos, recibe su constancia el interesado, y el día convenido encuentra el depositario en el lugar pactado su caja ó su fardo, sin la menor lesion, y como si hubiera sido trasportado por magia.

En cuanto á los equipajes que van en el mismo tren que el viajero, llueven comisionados y agentes que se encargan de enfardelar, trasportar y depositar en manos del empleado del tren, sin más cuidados de parte del interesado que recoger el *check* ó boleto con un número igual al que tiene la petaca ó baúl.

Al acercarse el viajero al punto de su destino, vuelven á

presentarse agentes de casas y hoteles conocidos que se encargan de los equipajes, los recogen, los colocan en el hotel en el lugar que se les designa, y el propietario se ve servido como con las manos blancas que se movian en el aire de sus cuentos de niño.

Y todo esto se hace por tan módica retribucion, que está realmente al alcance de todas las fortunas y se verifica del modo más natural.

Arreglados, ó mejor dicho, á medio arreglar los equipajes, salí, en union de varios amigos, á hacer compras para los obsequios de familia.

Conmover es realmente ese balance y esos conflictos entre las inspiraciones de la ternura y la tirantez del presupuesto.

Yo queria abarcarlo todo: gorritas, saquitos, zapatitos chinos, juguetes milagrosos, de objetos mil, que presumia iban á enloquecer de contento á mis nietecitos.

Representábame la imaginacion, la llegada del baúl á la casa, previos anuncios incitadores y halagos referentes á los juguetes, y amenazas, segun la buena ó mala conducta de los niños.

Que llegará el baúl como en procesion, que se irán congregando curiosos los criados y criadas, *pilmemes* y nodrizas.

Colocarése el baúl en medio de la pieza: el papá y la mamá de la casa llevarán la batuta; agruparánse los chicos; súbiránse en los hombros de los autores de sus dias, armando algazara, apartándolos y revolviéndose, miéntras el cargador y los criados forcejean por desenfardelar. . . . Atencion general. . . .

Ya se abrió la tapa. . . . ya se desembara de los papeles

un objeto que se ve en alto . . . es un polichinela que mueve los ojos, que anda solo . . . que repica sus cascabeles y que abre y cierra las piernas intempestivo, mientras suena los platillos con sus manitas. El asombro, las risas, las disputas se suceden. Los chicos se desmorecen, todos lo quieren para sí.

Un cochecito de cuerda, una locomotora, unas cajitas de música, un ratoncito que corre, prodigios, primores; los chicos bailan, ríen, hacen caricias á sus padres, queriéndolo todo . . . pero han salido á luz unos saquitos, unos casquetes chinos, unos zapatitos bordados con lentejuelas de oro.

Aquello es mucho: se visten los chicos, se prueban los zapatos, se hunden los casquetes á los ojos; los desconoce el perro y ladra, dan su voto las criadas y llevan á los niños frente al espejo . . . y aquello es una bola de placer . . . los papás, con la carta en las manos y los ojos inundados en lágrimas. hablan del *Papati* (así me llaman mis nietecitos), y tiemblan á la idea de no volverle á ver

Las personas pudientes compraban capotas de pieles, y joyas exquisitas; los ménos favorecidos de la suerte, juguetes y fruslerías, y álguien, pundonoroso y maltratado por la fortuna, esperaba á que todos saliesen para comprar unos aretes humildes, una mascadita china ó una pelota de hule, para la esposa, para la hija infeliz, ó para el niño amado del corazón. ¡Oh, cuánto amo yo á esos pobres, me muero por ellos!

Apénas nos desembarzamos de las compras, cuando tomé un carruajito de dos asientos y un caballo, que cuestan la mitad ménos que los comunes; me puse en contacto con mi cochero favorito, Dionis, que no sabia palabra de español y

á quien con mi diabólico inglés le pegaba mil chascos, y me eché á volar por aquellos mundos de Dios.

Como he dicho ántes de las calles, las visitas cobraron para mí desusado atractivo; como que me veían con mayor interés; como que, aunque aparentemente festiva la conversacion, guardaba algo de lágrimas; como que entre los rayos de la fugaz alegría, pasaba gimiendo la ave negra de la ausencia. Y sin duda, cosa análoga debe pasar entre los que quedan contemplando el vacío que va á dejar nuestra desaparicion.

Una de mis primeras visitas de despedida, fué una casa que podremos llamar incrustacion mexicana.

Allí todo respira México: las muchachas, que son lindísimas, tienen en la sala cuadros con el paseo de la Viga, el de Bucareli, la calle de Roldan y el Santuario de Guadalupe.

Detestan á americanos y americanas, haciendo de ellos injustas, pero graciosísimas caricaturas: se cantan canciones sentimentales de las que forman el repertorio de la clase media en mi tierra; se brinda á las visitas chocolate; se las obsequia con atole de leche y tamales cernidos; se juegan juegos de prendas, y se disponen días de campo á nuestra usanza.

—Ni se vuelve vd. á acordar de nosotros, Sr. *Fidel*. El que se va se divierte con lo verde del camino.

Y cosas por ese estilo se decían . . .

Una Pepita, burlona, chancera, chancera con talento y finura, con unos ojazos negros que levantan en peso al que los mira, y con una sensibilidad que se exalta fácilmente hasta las lágrimas, me presentó su Album . . .

Es el caso que Pepita es novia de un jóven, muy jóven,

á quien yo amo mucho, por pertenecer á mi familia, y que el jóven aludido habia escrito en su Album unos versos para que yo los glosara, que dicen :

*Pepa, tú lo sabes bien,
Escribir aquí es error ;
Aunque me dé gran contento,
Pepa, lo que por ti siento,
No es amor y es más que amor.*

—¡Hola! Como en mis tiempos, dije al frente del Album ; como cuando se glosaba aquello de *Aprended flores de mí.*

Tomé la pluma, las señoras siguieron hablando en voz baja, y yo escribí, sin abandonar la conversacion :

Ni su arco-iris la esperanza,
Ni, negras sombras el cielo,
Me muestran, al ver tu cielo,
Que es de grata bienandanza.

Los dos esta adivinanza,
Acogemos sin desden ;
Yo me doy el parabien ;
Dime lo que pasa en tí,
Que lo que me pasa á mí,
Pepa, tú lo sabes bien.

Es, niña, poco discreto
Que mi confidencia escriba,
Cuando es forzoso que viva
En la cárcel del secreto.

Es como raro amuleto
Que encierra gozo y temor ;

No lo muestres, por favor,
Que acaso te pondrá triste ;
Y si ya en tu pecho existe,
Escribir aquí, es error.

De tu mirar de gacela,
De tus dientes de marfil,
De tu frescura de Abril,
Que á más de un galan desvela,
Ser el poseedor no anhela
Mi parternal sentimiento,
Y cuando tu blando acento
Me diriges con ternura,
No codicio tu hermosura
Aunque me dé gran contento.

Miro tu rostro halagüeño
Y te contemplo en mi hogar,
Como sobre de un altar,
Como realizando un sueño.
Miro nacer con empeño
Entre flores de contento,
La linfa de un pensamiento,
Que guardas en tu alma oculto,
Y entónces es casi un culto,
Pepa, lo que por ti siento.

A tus ojos celestiales,
Tesoros de amor envió,
Si dicen : "amigo mio"
Esos labios de corales.